

decenios, la progresiva diseminación de una vulgar revisionista amplificada por los medios de comunicación ha acarreado junto a esta banalización del fascismo la victimización del ejército italiano y la recuperación del mito de los «italiani brava gente». Ante esta circunstancia vinculada a los usos públicos (y políticos) de la historia, Corni apela a la profesión y a la medida de los medios para acometer el análisis crítico del fascismo y el antifascismo y su legado actual en la sociedad y en la cultura italiana.

En definitiva, el libro de Gustavo Corni no deja de reclamar la necesidad de ampliar nuestra mirada hacia otros ámbitos historiográficos, especialmente si resultan tan sugestivos como el italiano. Y sobre todo cuando los caminos del revisionismos —también en España— resultan en tantos aspectos coincidentes.

Gustavo Alares López
European University Institute

JULIO ARÓSTEGUI

Largo Caballero. El tesón y la quimera
Barcelona, Editorial Debate, 2013, 965 pp.

El 8 de abril de 1978, en plena Transición, los restos de Francisco Largo Caballero eran trasladados al cementerio madrileño de La Almudena. La prensa de aquellos días reseña la espectacular comitiva que había partido desde Ventas y que aún continuaba saliendo de aquel lugar cuando la cabecera ya alcanzaba la puerta del cementerio. Habían pasado 39 años desde que abandonó España y 32 desde su fallecimiento y posterior entierro, también notablemente concurrido para haber sucedido en París, donde estaba exiliado.

Si, según conocemos, y buena parte de la historiografía se ha encargado de abundar en ello, Largo no tenía ni el talento intelectual de Azaña, ni el talento político de Prieto, ni el talento extraordinario —por las circunstancias en que emergió— de Negrín, ¿qué puede explicar la presencia masiva de tanta gente tanto en 1946 como en 1978? Pues ni más ni menos que su

condición de ser el líder obrero reconocido como «hombre más representativo de su clase» (Llopis *dixit*) durante la España del siglo XX. Y es que, como nos sugiere el autor, Largo Caballero vivió «circunstancias mucho más excepcionales que otros líderes obreros de la Historia» (p. 23).

La gestación de esta obra ha sido muy larga en el tiempo. Ocupa un espacio propio en la biografía personal de Julio Aróstegui, interesado por el personaje desde los años 80, cuando ofrecía una primera semblanza de Largo durante su etapa en el ministerio de Trabajo en los III Coloquios de Segovia —más conocidos como los *encuentros de Tuñón de Lara*— y, sobre todo, con la publicación de *Francisco Largo Caballero: la última etapa de un líder obrero* (Madrid, 1990). Desde entonces, de forma recurrente y más frecuente durante los últimos años, han ido apareciendo a lo largo de su extensa obra diferentes aspectos relacionados con la posición de Largo —como le solía llamar Azaña— en momentos clave de la crisis de los años 30. Se une además la insatisfacción de sus hijas, muy en especial de Carmen Largo, ante lo que ya se había publicado sobre su padre y de lo que Aróstegui era buen conocedor. Así pues, en la última década, la idea de publicar una biografía completa y exhaustiva del personaje, tal como se nos presenta, era el gran proyecto de *opus magnum* del autor. El resultado, casi mil páginas, reducidas desde las mil quinientas originalmente previstas por la inevitable obligación editorial de presentar un libro *comercializable* para el gran público. Éste no podrá entender la dificultad de culminar una obra de este calado, pero al lector especializado no le resultará difícil comprender lo complejo que resulta compatibilizarlo con la actividad intelectual y académica implícita en la vida universitaria. Por eso, el libro se resiente en algunas partes de las idas y venidas al texto, a pesar de la minuciosa tarea homogeneizadora que se ha realizado previa a su publicación.

Así pues, las primeras líneas ya han quedado planteadas: es una obra de gran rigor científico —como todos los trabajos arosteguianos— pero a

la vez está pensada también para el gran público. Esto es un logro historiográfico que se ve beneficiado por tratarse de una biografía. Para quien se aproxime a ella como simple aficionado, encontrará un sustancioso fresco de la historia de España —y europea— entre 1869 y 1945. Ahí es nada. ¿Y para el historiador que busca respuestas? Pues las encontrará, pero también, como no puede ser de otra manera, hallará nuevos interrogantes. Cuando uno lee este tipo de trabajos, la primera sensación es la necesidad de volver a los grandes estudios biográficos de los personajes claves de la II República (Prieto, Negrín, Azaña) con la satisfacción del gran avance que se ha operado sobre ellos —muy especialmente sobre Negrín— pero también con una nueva óptica de lector. Y ahí reside, en nuestra opinión, uno de los mayores aciertos de este trabajo: no se puede comparar a Largo con esos grandes políticos sino es desde su consideración de gran líder sindical y de masas para muchos de esos españoles de la clase trabajadora que vivieron los años más azarosos y dolorosos de nuestra historia.

Sin ocultar los fracasos (calificados sin tapujos de quimeras) ni omitir los éxitos (debidos al tesón), la gran hipótesis que subyace en el texto es el de la defensa por parte de Largo Caballero de un socialismo tanto político como sindical autónomo forjado durante años —desde los tiempos de Pablo Iglesias hasta la Guerra Civil— al que no se debía renunciar ante ningún avatar: ni la Dictadura de Primo de Rivera, ni los cambios de rumbo de la política republicana, ni ante la imparable pujanza del PCE entre 1936-1939. Por eso, la importancia de la trayectoria para el autor de la obra, quien considera como exigencia un recorrido completo para entender que hay un solo Largo Caballero. Así es posible desmentir los «falsos estereotipos» (p. 25) que se deducen de una mirada parcial al personaje en un momento histórico determinado.

De esta manera el lector podrá comprender numerosas posiciones bastante mal entendidas: su supuesta ineptitud teórica, su derecho

a considerarse tan heredero del *pablismo* como Besteiro, las pretendidas analogías con el laborismo británico, la posición ante la III Internacional y algunos otros sobre los que merece la pena detenerse algo más. Respecto a la colaboración con la Dictadura de Primo de Rivera en sus primeros años, Aróstegui demuestra la importancia que tienen las bases y las votaciones en los órganos del partido y del sindicato. De este modo, la participación desde dentro (reformismo pragmático para algunos, mero seguidismo para otros) no es una decisión personal de Largo, sino que está apoyada sólidamente en las bases.

A nuestro juicio, la labor de Largo Caballero como ministro de Trabajo en la creación de un marco de relaciones laborales inexistentes es su gran logro, en razón de la cual se explica su carisma entre los trabajadores: lo que llevaba defendiendo durante 30 años lo intentó ejecutar lo más fielmente posible cuando llegó al ministerio; cartera cuya creación, como demuestra Aróstegui, era rechazada de plano por la derecha. «Mientras la clase capitalista tenga en sus manos la tierra y la banca será inútiles todos los esfuerzos que puedan hacer toda clase de elementos que estén en el gobierno para cortar sus desmanes» (p. 424) llegó a decir Caballero de forma taxativa.

Eso sí, no queda a nuestro juicio resuelto de modo satisfactorio la cuestión del anarquismo. En todo momento es tratado bajo el trasfondo de la posible unidad obrera, cuando quizá el avance en la importancia del sindicalismo socialista fue uno de los grandes objetivos tácticos de Largo Caballero. Junto a esto, se echa de menos una explicación de cómo se lograba movilizar a las bases. Se da por hecho la capacidad de arrastre del líder sin profundizar en la forma de conseguirlo. Y esta carencia se advierte tanto a nivel urbano como rural, donde el caballerismo tuvo que hacer una extensa labor proselitista poco analizada.

El progresivo distanciamiento con Besteiro primero y con Prieto después —quizá el perso-

naje que más sombrío queda en determinados pasajes— culmina en el gran fracaso de la revolución de octubre de 1934. Aparte de detenerse en la pretendida radicalización de la llamada «ala izquierda» del socialismo, el autor juzga al personaje en virtud de su pragmatismo... por lo que no puede salir impune de la exagerada falta de preparativos de la huelga general. La cárcel durante 1935 y su posición ante el Frente Popular («importado de Rusia y que tan perniciosos resultados había de dar en todos los países») es otro de los grandes temas, ya que el tiempo, señalaba Largo «nos ha demostrado que toda esa política se hacía exclusivamente en beneficio del estalinismo» (p. 460). Ante la crítica a la «retórica revolucionaria» de Caballero, otro de los lugares comunes, el autor, que otras veces había propugnado el *empate de incapacidades* se decanta por el *reparto de responsabilidades*, eso sí, sin olvidar que la más grave de ellas fue la de un gobierno que no actuó con contundencia para frenar a los militares a pesar de las advertencias de varios personajes importantes, entre los que desde luego se encontraba Largo Caballero.

Cuando la obra alcanza el tema central de la Guerra Civil, el despliegue de medios del autor debido a su exuberante conocimiento del conflicto y su bibliografía es espectacular. Casi todos los momentos fatídicos que la historiografía ha enfocado desde diferentes ópticas son abordados sin tapujos por Aróstegui, quien valora su periodo de presidente del gobierno como una amalgama de «certeras intuiciones y errores en su realización» (p. 472) y que centra la crisis de mayo del 37 y el llamado *pleito de la UGT* en torno a la creencia de Largo de que sus compañeros no le iban a fallar. Por eso, lo más airado de sus críticas durante su ostracismo no se dirigieron hacia el resto de las fuerzas prorepublicanas, sino hacia sus propios camaradas. En esa línea resulta muy sugerente la hipótesis de una «especie de nacionalización de la guerra» (p. 666) como forma de salvar al socialismo durante aquel periodo.

Eso sí, finalizado el conflicto, el autor nos

muestra un personaje que fue «muy mal juez de sí mismo» hasta el punto de que las *Notas históricas de la Guerra de España* son un documento más propio de un fiscal que de alguien que, ineludiblemente, estaba también imputado. A pesar de haber tratado el periodo 1940-1946 en el libro ya citado, no dejan de resultar conmovedoras las páginas dedicadas al sufrimiento en el exilio: primero, su fatídica tardanza en abandonar Francia por la obligación moral de ayudar a otros refugiados; después la imposibilidad de marcharse cuando la ocupación era ya un hecho, el traslado al campo de concentración de Sachsenhausen y sobre todo, el fantasma de la crueldad de Franco quien calibró bien la rentabilidad de no traerlo a España a cambio de condenarle a aquel horrible periplo por la Europa de la II Guerra Mundial.

El último gran tópico que Aróstegui desmonta es el de la exclusividad de la autoría de Prieto en la solución plebiscitaria como salida al régimen de Franco tras el final de la II Guerra Mundial. Los monárquicos le seguían dando gran valor a Largo Caballero como líder obrero aún en 1945, lo que explica varios de los contactos con él a pesar de no tener cargo alguno.

La biografía es un género peculiar que el autor ya había cultivado en una obra no menor sobre Don Juan de Borbón. Aquí se añade el hecho de que Largo Caballero no ha sido especialmente valorado por la historiografía, en parte por el daño que la mala preparación de *Mis recuerdos*, de la que se responsabiliza a Enrique de Francisco, hizo a su propia figura. Por eso son muchos los retos a los que el autor se enfrentaba y de los que, en general, sale airoso debido a una cuestión de método: exhaustividad de las fuentes tanto en número como en tratamiento, prudencia ante el ventajismo de conocer *ante* lo ocurrido y manejo preciso de una obra que exigía varios cientos de adjetivos.

Para quien esto escribe, ha resultado difícil abstraerse de dos hechos fundamentales: primera, el reciente fallecimiento de Julio Aróstegui condiciona en buena medida la posición del lec-

tor y más aún cuando, por tratarse de una biografía, ya conocemos el trágico desenlace final que la espera; por otra, y no menos importante, la cuando menos paradójica circunstancia de que la primera reseña que escribí me la encargó el autor de esta monumental obra, quien además me había enseñado a realizarlas y, no menos simbólico, fue publicada en *Leviatán* porque se trataba de una biografía de Indalecio Prieto.

En el aire queda una pregunta que, como tantas realizadas por el propio Aróstegui en el libro, no en un sentido retórico, sino como un verdadero reto para responderlas, quizá pueda encontrar alguna respuesta: ¿por qué una biografía de Largo Caballero y no de otro líder? Es posible que por la dificultad del personaje, complejo de explicar si no es desde una visión historiográfica holística, pero también porque la empatía que una biografía puede provocar hacia el biografiado no se dirige a una justificación del personaje, sino a un profundo respeto por el compromiso con su clase en el sentido más puramente marxiano de la palabra, muy alejado de elitismos mal entendidos. Una obra redonda que obliga a una lectura reposada, no impuesta como se deduce de alguna vacua reseña en algún gran periódico nacional, de forma que se puedan entender los numerosos matices de esta figura y aprender de la última gran lección de método de un gran maestro.

Sergio Riesco

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y RAÚL LÓPEZ ROMO

Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)

Madrid, Tecnos, 2012, 403 pp.

Como señala José Luis de la Granja en el prólogo a este volumen, mientras que la historia del País Vasco del siglo XIX y la primera mitad del XX es muy bien conocida, son escasas las buenas obras dedicadas a la segunda mitad del siglo pasado. Tal descompensación ha ido menguando en los últimos años, a medida que crecían las aportaciones historiográficas dedicadas al últi-

mo tramo del Novecientos, período caracterizado por grandes cambios no solamente políticos, sino también económicos y sociales (como recuerdan los autores, entre 1940 y 1970 los habitantes de la actual Comunidad Autónoma Vasca y de Navarra prácticamente se multiplicaron por dos). Así, los últimos años del franquismo y los de consolidación y desarrollo de la democracia parlamentaria han sido uno de los terrenos en los que nuevos historiadores vascos han centrado recientemente su mirada. Es este el caso, entre otros, de Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo. La proximidad entre ambos en cuanto al interés investigador (la historia de ETA-pm y Euskadiko Ezkerra, en el primer caso, y la de los movimientos sociales, en el segundo) les ha llevado a colaborar en este libro sobre ETA y el nacionalismo vasco radical.

Paradójicamente, aunque la bibliografía que se ha publicado sobre ETA es abundante, la mayor parte de ella adolece de notables deficiencias. Han proliferado, por una parte, las aportaciones militantes vindicadoras del papel de la organización, así como las que, desde el polo opuesto y muchas veces con un evidente lastre presentista, perseguían por único objeto su denigración. A menudo, además, se ha tendido a emitir valoraciones históricas sobre ETA sin tener en cuenta —o dejando en un segundo plano— tanto sus múltiples escisiones como las diferencias entre la organización que nació bajo el franquismo y las organizaciones armadas que actuaron tras las elecciones generales de junio de 1977. Por ello, sería conveniente que futuras aproximaciones a ETA tuvieran en cuenta tanto el carácter cambiante de la organización a lo largo de su larga historia como el punto de inflexión que representan en ese trayecto los comicios de 1977 (y la diferencia, por lo tanto, entre la práctica de la violencia bajo el franquismo, por una parte, y en democracia parlamentaria, por otra). En este sentido, es también de esperar que próximas aportaciones inscriban el estudio de ETA en el marco de la interpretación